«El jardín de los frailes» en la realidad y en el recuerdo

Antonio LINAGE CONDE
Universidad de San Pablo - CEU
Madrid

I. Del notariado a las rentas, los Azaña ¿entre dos fuegos?
II. De un presente con algo del pasado.
III. Un libro de memorias.
IV. La clase de literatura y otras.
V. Ante el monumento filipino.
VI. Hacia el «secretum meum mihi».
VII. La realidad de una memoria.
VIII. Fato profugus...

In memoriam
Antonio Linage Revilla;
Jesús Morrás Ros, CMF.
A José Peña González.

El presidente Azaña no fue un alumno de los agustinos escurialenses íntimamente distante de sus años de colegial. Y ello aunque así lo dijera, pareciera decirlo mejor, en uno de los momentos más solemnes de su vida, ante las Cortes Constituyentes de la República, el 7 de septiembre de 1932 [1], contestando a don Ángel Ossorio y Gallardo [2], el interesante católico republicano [3], una pieza orato-

1. Pero el 1 de agosto, en una visita al colegio, de que diremos, acababa de consignar: «El padre Isidoro me pregunta un tanto angustiado, qué va a ser de ellos, porque nada de lo que hay allí les pertenece, todo es del Patrimonio y no sabe cuál podrá ser el mañana inmediato. Respondo que tampoco lo sé yo, y que las Cortes lo resolverán, pero le aseguro que por mi gusto El Escorial permanecería tal y como está». Entre el resto de la conversación sobre el mismo tema: «Isidoro cree que los más terribles son los radicales-socialistas, y que el más exagerado (¡Oh!, ¡cuánto eufemismo!, en consideración al Ministro de la Guerra) es Domingo». El día 29 del mismo mes de agosto, visitó a Azaña don Ángel Herrera, entonces director de *El Debate*, periódico que sufría una suspensión gubernativa, y el ministro le dijo: «Lamento tener que decirle la especial situación de los jesuitas, en malísimo aprecio de la opinión general; que el sentimiento público es muy diverso según de qué órdenes se trata, y que yo mismo he dicho a *mis amigos los frailes del Escorial* que celebraría que les permitiesen continuar allí» (véase la nota 3, *ibid.*,109).

2. «Su señoría hace mal, mejor dicho, su señoría se equivoca, en el orden polémico, cuando, cubriéndome de elogios y hasta tocándome un poco en la vanidad de escritor, pretende establecer una diferencia entre mi acción como hombre político y mis sentimientos como escritor. Es un error, señor Ossorio; porque no se pueden establecer en el espíritu de un hombre esta clase de divisiones y compartimientos, y aquella crisis de conciencia religiosa y de conciencia española que su señoría ha tenido la elegante cortesía de leer, es el origen de todo el vigor de mi acción política, y su señoría no ignora que, como ha dicho alguien que no quiero nombrar, los que salen del santuario tienen en sus golpes una certidumbre y un acierto que no tienen nunca los que no han entrado jamás en él, y como yo vengo de otros sitios, sé muy bien lo que pasa en los sitios de donde vengo, *y paseándome por el jardín de que su señoría ha hecho aquí honrosa mención,* es como yo he adquirido la inquebrantable resolución de que, en lo que de mí dependa, ningún español, pueda llegar a encontrarse en situación análoga a la en que me encontré yo».

3. El texto está en la edición de sus obras que citaremos, 2,409-14; se debatía la incautación de los bienes de los jesuitas.

ria que se merecería de por sí todo nuestro *excursus*; y aunque antes, en otro discurso, mucho más famoso, a las mismas, el 13 de octubre de 1931, hubiera hablado del *peligro monástico* [4]. Si bien, estando todavía en el colegio, en una vuelta de las vacaciones, confesó a uno de sus profesores, el padre Blanco García, que «había soñado con destruir todo ese mundo» [5], a lo cual le replicó aquél tratarse de «una tentación impropia de sus años». Mas, la réplica, tardía, ocurrida luego de que el colegial se hubiera comenzado a explicar, en el interludio «temblándole al fraile [6] los labios, queriendo dispararle alguna agudeza, y sin acudirle ninguna, de regocijo que sentía», apostillada por la paternal [7] amonestación: «Pecado contra la Providencia. ¿No eres cristiano? ¿Dudas de la Providencia? Debes decírselo al confesor». Pero los sueños... sueños son.

Ahora bien, hay que convenir en que el futuro escritor y hombre de Estado tampoco, es evidente, fue uno de los *ex* posesores de una ordinaria asimilación en el resto de la vida [8] de tal etapa juvenil. Salta a la

---

4. Fue en la misma ocasión en que dijo que España había dejado de ser católica. La inoportunidad de la frase no nos libera, por cierto, de leerla en todo su contexto. Cinco años antes había estado en Silos: «El claustro, el ciprés, la hora de mediodía. Luz, el estanque. Silencio. La misa: los tres, de verde y cogulla blanca, sentados, mientras cantan el Credo. Evocación antigua. El padre Serrano, abad. Nos lava las manos al entrar en el refectorio. La comida. Dos hileras de monjes negros; los abades franceses; los huéspedes. El comandante Aldecoa, con su libro de rezo. Jaculatoria. Comemos. El lector en el púlpito toda la comida. Pausa y entonación. Lo que lee: *Disputas por la primacía entre Toledo y Tarragona. Las fuerzas de Jaime I, y las de las circunstancias, dieron el triunfo al Tarraconense.* Chismes y cuentos del siglo XIII. El lego que come con hambre y maneras de cavador. El novicio que se arrodilla ante el abad. Cantando procesionalmente, hasta la capilla de Santo Domingo, el tesoro. La huerta y las abejas. Miel. El abad: *Dicen en esta tierra que sin vino no hay talento.* El agua riquísima. El lego dice: *Es casi tan buena como el vino»* (*o.c.*, 3, 872).

5. En septiembre de 1937, en la guerra, como luego veremos, dijo a uno de los frailes de su tiempo: «Usted sabe de sobra que nunca les he querido mal, aunque sus colegios y su enseñanza no me parezcan buenos [...]. Sobre esto tengo una experiencia personal más valiosa que todos los tratados de filosofía política». El momento no era de serenidad, aunque sí de emoción. Hay pues que retener las frases para cotejarlas con las demás de interés.

6. «La malicia chispeó en sus ojos. Se contrajo su rostro. Todo él se crispó, en acecho»; *El jardín*, 15.

7. «Posó con descuido amigable una mano en mi hombro. Recuerdo las hebras sanguinosas perdidas en sus ojos calenturientos y en el rasgo de la boca–salivaba mucho–glóbulos de espuma».

8. Su artículo «Los curas oprimidos», aparecido en *La Pluma*, en septiembre de 1922, es revelador, por una parte de los límites de su anticlericalismo del momento, pero por otra incluso de su más profunda manera de ser: «He observado poco las costumbres

vista que El Escorial, el viviente y nuevo de sus años de la post-exclaustración, el colegio de los religiosos –y también la cantera de los intelectuales de la Orden– , contó mucho en el acervo de sus vivencias y posturas intelectuales y sensibles [9]. Un haber que, igualmente es evidente, estuvo lejos de poder definirse sin más *cum amore*.

Para convencernos de la tal intensidad bastaría el dato [10] de haber dedicado un libro al argumento. Pero hay más. Toda una mate-

---

de los curas, digo los modos de vivir determinados por el orden sacerdotal, en que consiste el papel de cura. Defecto es de mi sagacidad, que gusta más de lo general y de generalizar con cualquier motivo, que de esparcirse en lo ameno, en lo especial o en lo pintoresco. El defecto es grave, en un siglo de documentación y de rarezas, donde luce más el fichero que el raciocinio; pero es mejor abundar en estas inclinaciones, que contrariarlas; remedio, no tienen. Mi propensión a lo absoluto no me deja ser misericordioso: a un axioma abstracto, intemporal, subyugaría mil libertades particulares». Más adelante, luego de notar la desconfianza que la novela de protagonismo clerical le produce, aclara cómo «esa aversión literaria no me priva de tratar con templanza en la materia», si bien «una puntita de clerofobia descubrí en mi ánimo tiempo atrás, adquirida en contagios callejeros, de quien nadie está libre». Y, a propósito de las reivindicaciones que dan título a la pieza –Unamuno, comentando el asesinato del primer obispo de Madrid, se refirió al «soviet del proletariado eclesiástico español»– es más intransigente: «Su apelación a los espíritus liberales no carece de ironía. Por luengos siglos los curas han perseguido el exterminio de esa planta; si no lo alcanzaron no fue culpa suya. Pero ha quedado tan endeble que los partícipes en ese famoso espíritu liberal no pueden malgastar sus energías en acorrer a los antiguos perseguidores».

9. Y notemos su propia postura ambivalente ante el recuerdo del final, un poco precipitado, adelantado, nada más, del período de tan profundas huellas: «Mi rebelión personal sobrevino en la buena compañía de las letras, alzándose el rencor fermentado en cuatro años de renuncia al mundo libre. Debo a la brusquedad de la ruptura el desplacer de haberme creído, en el uso primero de mi albedrío civil, ingrato. Me reprocharon, apenas con palabras, la altanería, el despego; el tesoro en que me hicieron partícipe; el ejemplo, en vías de frustrarse, de su virtud. *No me acusé yo menos*». El párrafo siguiente comienza con las palabras *discordia del corazón renegado*... Bastante más adelante (18), pretende habérsele «antojado el ánimo intacto, pues de tan deleble que fue la huella del Escorial, a su entender era una raya trazada sobre arena», mas no perdamos de vista la literalidad de la expresión, eso fue lo que él se creyó en el momento de irse (inmediatamente antes: «en fin, dejé mi cárcel; por acabarse todo al salir, pensé haberlo soñado. Zozobró el navío frailuno. Se me fue a pique, *posándose en la hondura donde pudre*». Lo subrayado nos dispensa de toda demostración de nuestra propia hermenéutica, en cuanto el protagonista nos está diciendo ser también la suya).

10. El tratamiento más específico del tema, es el de los agustinos G. DEL ESTAL, *Azaña, genio y figura. Su Escorial íntimo*, «Anuario jurídico y económico escurialense», 2.ª, n.º 23 (1991) 248-305, y D. NATAL, *Azaña y El Escorial. Una relectura de «El jardín de los frailes»*, «Lemitica Escurialensia Agustiniana. Homenaje a fray Luciano Rubio,O.S.A.» (=«La Ciudad de Dios»; 208 (1995) 473-493.

ria tan compleja como el mismo personaje protagonista del largo episodio de tantas consecuencias.

De ahí que no podamos limitarnos, al bucear en él, a la lectura, por densa que sea, de *El jardín de los frailes.* No. Hay que buscar la huella escurialense, en la estimación y en el rechazo, a lo largo de toda la vida, privada y pública, del escritor y el jefe del Estado, del hombre ante todo. En lo que tuvo de complemento e intensificación de la formación religiosa familiar y de la infancia, en su Alcalá de Henares. Y en todo el resto. Por lo que tampoco podemos preterir una circunstancia, la que llevó al niño [11] de la burguesía del Henares a la sombra de la arquitectura, no muerta, del Rey Prudente. La cual nos dejará atisbar unas raíces inesquivables.

I. DEL NOTARIADO A LAS RENTAS, LOS AZAÑA ¿ENTRE DOS FUEGOS?

Esteban Azaña Hernández, el bisabuelo paterno del futuro presidente, era notario, como lo habían sido sus propios padre y abuelo, siempre con ejercicio en la ciudad. En 1813 y 1814 fue secretario de su primer Ayuntamiento constitucional, y también en 1820 le cupo en suerte proclamar de nuevo la Constitución de 1812. Su hijo Gregorio fue notario también y, en 1854 y 1855, comandante del batallón de infantería de la milicia nacional complutense. Fue notable su gesto en la procesión del Corpus de 1855, logrando mantener el orden, al grito de *¡Milicianos, firmes!,* ante la agresión de unos grupos absolutistas y carlistas. La revolución de 1868 señaló su otra etapa de política activa, a la que puso fin en 1869, no conforme con «las tendencias transaccionales» de sus correligionarios.

Su hijo, Esteban Azaña Catarineu, el padre de don Manuel, tenía un talante muy distinto. En 1875 se le designó por real orden concejal, y tres años más tarde fue alcalde. Escribió la *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares,* y la antigua Calle Nueva recibió su nombre. Acogió complacido la Restauración, aunque *no fuese más que por haber apagado el incendio de la guerra civil.* Y criticaba al Ayuntamiento por mantenerse ausente de las solemnidades religio-

11. Puede verse su artículo, *El jovencito ahorcado en el colegio,* en *España,* 29-7-1922 (*o.c.*, I, 457-8).

sas, ya que a su juicio su ciudad *todo lo debía a la religión* [12]. Juan Marichal [13]señala en dos artículos de su hijo, aparecidos en 1924 en la revista *España,* una discrepancia de esta índole conciliadora de su padre en lo religioso [14].

Siendo alcalde Esteban Azaña, en 1886 cooperó eficazmente a la reducción de las tropas sublevadas del general republicano Villacampa, proponiéndosele para el título nobiliario de conde de Zulema, que rechazó presionado por su padre Gregorio. Para Marichal, don Manuel «quería simultáneamente ser y no ser como su padre» [15].

Pero el abuelo Gregorio murió pocos meses después de su nuera, la madre del futuro presidente, ésta el 25 de julio de 1889,

---

12. Conviene recordar aquí una jornada de la historia de la ciudad, la noche de San Lorenzo de 1823, que se ha llamado «la noche triste de los liberales alcalaínos». En el sermón de la fiesta de los patronos, los santos Justo y Pastor, el 6 de agosto, en la iglesia del Espíritu Santo, el canónigo José Laso, azuzó a los fieles contra los liberales, dando ello lugar, en la tal fecha inmediata, a destrozos públicos y asaltos de casas particulares, la de los Azaña una de ellas, de las turbas capitaneadas por un fraile.

13. El editor de las *Obras Completas de Azaña,* los cuatro volúmenes, forzosamente incompletos, impresos en Méjico en 1966. Cada uno de ellos lleva una extensa y valiosa introducción del mismo. Estamos citando la del tomo primero, pp. XXV-XXVI.

14. Tengamos en cuenta que la supresión de la Universidad alcalaína, trasladada a Madrid apenas consolidado el nuevo régimen, había arruinado a la ciudad. Por lo cual es más significativa la actitud en la materia de Esteban Azaña, a la que se refiere Marichal en estos términos: «Tras justificar el traslado a Madrid, al señalar el excesivo predominio de los absolutistas entre los profesores complutenses, añadía que el verdadero motivo se debía sobre todo al *espíritu de revolución* que aspiraba a reducir *la libertad de la Iglesia,* concluyendo que al siglo XIX le importaba *mucho borrar las doctrinas de Jesucristo porque al mirarse en ellas cual fiel espejo le muestran su desnudez.*

15. En su citado discurso (*o.c.*, 2, 49-58) en las Cortes Constituyentes sobre la cuestión religiosa (artículo 26 de la Constitución), por cierto considerado la pieza maestra de toda su oratoria, el 13 de octubre de 1931, dijo: «Durante treinta y tantos años en España no hubo órdenes religiosas, cosa importante, porque, a mi entender, aquellos años de inexistencia de enseñanza congregacionista prepararon la posibilidad de la revolución del 68 y la del 73. [... el secreto de la] evolución de la clase media española en el siglo pasado: que habiendo comenzado una revolución liberal y parlamentaria, con sus pujos de radicalismo y de anticlericalismo, la misma clase social, quizá los nietos de aquellos colaboradores de Mendizábal y de los desamortizadores del año 36, esos mismos, son los que han traído a España la tiranía, la dictadura y el despotismo, y en toda esta evolución está compendiada la historia política de nuestro país en el siglo pasado». Los historiadores posteriores hablarían de la transformación de la burguesía revolucionaria en conservadora, sencillamente, y no sólo en España.

y el 10 de febrero del año siguiente el padre, precisamente el mismo día en que el niño Manuel hacía los diez años. Con lo cual, y es Marichal quien vuelve a hablar, «en la casona alcalaína de los Azaña, *ensombrecida por tantas muertes,* no hay apenas presencia masculina *mayor* y domina la tradicional religiosidad femenina española, esa vigorosa creencia que somete a tantos cabezas de familia, y que es (según el Azaña de 1924) *la verdadera causa de la paz religiosa*» [16], una paz que él rechazaba como he-

16. A este propósito, notemos todavía en su discurso del 13 de octubre: «Yo no puedo admitir, señores diputados, que a esto se le llame problema religioso. El auténtico problema religioso no puede exceder de los límites de la conciencia personal, porque es en la conciencia personal donde se formula y se responde la pregunta sobre el misterio de nuestro destino. Este es un problema político, de constitución del Estado, y es ahora, precisamente, cuando este problema pierde hasta las semejas de religión, de religiosidad, porque nuestro Estado, a diferencia del Estado antiguo, que tomaba sobre sí la curatela de las conciencias y daba medios de impulsar a las almas, incluso contra su voluntad, por el camino de su salvación, excluye toda preocupación ultraterrena y todo cuidado de la fidelidad, y quita a la Iglesia aquel famoso brazo secular que tantos y tan grandes servicios le prestó». Mas, ¿no latía en ese echar balones fuera una ilusión, una carencia de visión de la realidad sencillamente? En aquel momento queremos decir. Notemos también, el contraste entre este propugnado –muy antes de tiempo– catolicismo sólo en el fuero interno, separado de toda actuación pública, y por lo tanto aséptico a cualquier conflicto político y, a la inversa, un catolicismo meramente político, despojado del acto de fe, de su profesión interna incluso. Azaña lo estudió en su libro *Estudios de política francesa. La política militar* (1919), al ocuparse de «la oposición contrarrevolucionaria», o sea el nacionalismo, Renan y el antidemocratismo, Taine y el tradicionalismo («el catolicismo sin dogmas, que alguno ha propugnado en Francia, coincide con ciertos puntos de vista de Taine») y Maurras y el nacionalismo integral («la *Acción Francesa* es monárquica y católica, no por lealismo dinástico ni por fe en los dogmas de la religión sino por espíritu positivo, por espíritu científico, porque la ciencia política demuestra que el catolicismo y la monarquía son los dos firmes baluartes del *orden francés*»; «una de las bases del orden francés es el catolicismo, no por adhesión a sus dogmas, sino porque durante veinte siglos ha realizado en Francia la coordinación de las fuerzas morales indispensables para la acción, y ha establecido, en colaboración con la tradición filosófica y literaria greco-latina, la disciplina mental»); *o.c.*, 1, pp. 33-74 (en su visita al Escorial, el 1 de agosto de 1931, el rector, que era entonces el padre Isidoro, dijo a Azaña que conocía su libro sobre la política militar francesa, «porque se lo dio o se lo mostró un abate francés amigo suyo»). Y bien, dada por supuesta la francofilia de Azaña (cfr. esta alusión a la de uno de nuestros más sabios benedictinos, escrita a propósito de sus críticas a la francofobia: «¡Qué desastre! Creíamos engendrar el Feijóo de nuestro tiempo y nació un segundo Nifo, más pestilente que el primero»; *Vistazo a la obra de una juventud,* en «La Correspondencia de España», 25-9-1911; *o.c.*, 1, 85), ¿qué valoración le implicó de ese componente católico? Claro está que cualquier respuesta habría de ser ambivalente.

mos visto [17]. ¡Y cómo nos han ido saliendo al paso en estos datos, situaciones y mentalidades, los gérmenes del tremendo futuro que vendría sin tardar mucho!

---

17. Aunque naturalmente, ni lo dijo con esa claridad, ni acaso se lo creía, si bien mejor podemos pensar que su noción de la paz religiosa pasaba por la previa aceptación de un cierto contenido de la misma (en su contestación a Ossorio y Gallardo, antes mencionada, diría: «No se debe confundir esto, y su señoría, que es tan agudo, no lo confunde, con ofensas a la conciencia católica, y con persecuciones a los católicos, ni muchísimo menos». Se trataba del trasfondo económico. Pero, ¿cabe duda de poder tener éste que ver con la conciencia?). En su discurso acabado de citar, leemos: «Pero yo pregunto: ¿es legítimo, es inteligente, es útil, suprimir, por el contrario, por una reacción explicable y natural, el otro término del problema y borrar todas las obligaciones que tenemos con esta libertad de conciencia? Respondo resueltamente que no». Y, entrando luego más en detalles: «Criterio para resolver esta cuestión. A mi modesto juicio es el siguiente: tratar desigualmente a los desiguales; frente a las órdenes religiosas no podemos oponer un principio eterno de justicia, sino un principio de utilidad social y de defensa de la República». Más concretamente todavía: «¿es que para mí son lo mismo las monjas que están en Cebreros, o las bernardas de Talavera, o las clarisas de Sevilla, entretenidas en bordar acericos y en hacer dulces para los amigos que los jesuitas? ¿Es que yo voy a caer en el ridículo de enviar los agentes de la República a que clausuren los conventos de estas pobres mujeres, para que en torno de ellas se forme una leyenda de falso martirio, y que la República gaste su prestigio en una empresa repugnante, que estaría mejor empleada en una operación de mayor fuste? Yo no puedo aconsejar eso a nadie». Dicho quede de paso, a ese ridículo, que por supuesto dejó la bastante huella documental e incluso un tanto literaria, aparte su repercusión en la oratoria parlamentaria, se llegó en Francia, en las últimas exclaustraciones, las del siglo XX –por ejemplo, con los benedictinos de Solesmes y los premonstratenses de Frigolet, los de Alfonso Daudet éstos–. En cambio, al otro lado del Rhin, las posteriores todavía exclaustraciones nazis no suscitaban ninguna sonrisa... El 13 de octubre de 1931, escribía en su *Diario* (*o.c.*, 4, 174-5): «Yo tengo, en el fondo, una gran indiferencia por la hechura que se dé al artículo [de la Constitución], si al menos se consigue evitar el precepto de la expulsión de todas las órdenes religiosas, medida repugnante, ineficaz y que sólo encierra peligro. Examinándome bien, encuentro, en mi repugnancia, un motivo de humanidad y de estética. Cada vez que me acuerdo del Paular, siento mucha lástima por las cosas bellas que pierden su carácter tradicional. Me parece mal desalojar de Silos a los benedictinos, no porque la comunidad haga cosas estimables, sino por lo que es la abadía en la historia de España, y otro tanto siento del Escorial. *Resulta que mis repugnancias provienen de lo que he visto y sentido.* En cambio, no me dicen nada otros lugares ni otras comunidades que, a lo mejor, son más dignas de consideración. También se me antoja estúpido que vayamos a cerrar conventos de monjas por esos pueblos de España, las úrsulas de Alcalá, las bernardas de no sé dónde, etcétera». Notemos que la frase que hemos puesto en cursiva contradice su afirmación parlamentaria de desear que nadie volviese a estar en el jardín donde él estuvo (un ejemplo de homenaje republicano a una labor religiosa educativa, encarnada en una santa religiosa: A. LINAGE [REVILLA], «La muy noble villa de Sepúlveda rinde un cálido homenaje a Sor Montserrat», en *La Voz de Segovia*, 2-12-

Pero antes de proseguir hemos de parar mientes en dos aspectos argumentales. En primer lugar, y a propósito de la relación entre la mentalidad de Manuel Azaña y los antecedentes familiares y locales de que hemos dicho, se nos impone, a lo largo de toda su trayectoria biográfica, la vinculación de aquélla a éstos, una cierta indefectibilidad. Que por otra parte él no ocultó nunca, ni siquiera cuando, inmerso en las responsabilidades de su alta política, podía resultar anacrónico o comprometido insistir en ello, con alguna incursión incluso en lo privado poco común en la tal circunstancia [18]. Siendo presidente del Gobierno, en 1933, se definió a sí mismo, en una entrevista concedida al periodista John Gunther, como «un intelectual, un liberal y

---

1930). De Indalecio Prieto es esta frase: «Es propio de imbéciles no reconocer, en campos opuestos al nuestro, altas jerarquías», a propósito de la madre Cecilia Gallarzagoitia, superiora general de las Mercedarias Misoneras de Berritz; *De mi vida*, 1 (2.ª ed., Méjico 1968) 287. Ya en guerra, septiembre de 1937, en su entrevista con uno de los agustinos del colegio, de que diremos, insistió en que, de no haber sido por su contemporización con los extremistas, se habría disuelto a todas las congregaciones religiosas. Su interlocutor, el padre Isidoro, opinó lo mismo y le dijo se lo había dicho en su día al nuncio. «–Disolver a las órdenes religiosas me parecía, sin salirme del terreno político, un disparate–. Así lo ha comprendido mucha más gente de lo que el señor presidente cree». Entonces el presidente se quejó de la intransigencia de la Iglesia y de las derechas, comenzando por apostillar: «Podrá ser, pero no lo he notado»; «¿no sabe usted que me pintan como un furibundo enemigo de la Iglesia católica? Es estúpido. Desde mi punto de vista, llamarme enemigo de la Iglesia católica es como llamarme enemigo de los Pirineos o de la cordillera de los Andes».

18. Creemos recordar que José Antonio Primo de Rivera, admirador de la prosa castellana de Azaña, le tildó una vez de «escritor desdeñoso». Y a nosotros nos parece que con una cierta razón objetiva. De ahí lo paradójico en cambio de esa tremenda, excesiva carga personal, por encima incluso de la mesura pública. Marichal recuerda «la intrusión del yo en la cosa pública», detectada por Aldo Garosci en el discurso de 1937 (I, XVII-XVIII). Y, al tratar ya concretamente de los discursos de don Manuel, nota como su «adentramiento *–el engolfarse en las intimidades de su propio espíritu–* y su consiguiente exteriorización –que Maura vedaba al orador– no son en la oratoria de Azaña una valla hermética entre él y los oyentes. Porque su lirismo es la manifestación verbal de un *yo* que aspira a realizarse con el concurso de sus oyentes: de ahí que en el orador Azaña actúe también el impulso del creador literario. Aunque por supuesto, él sabía que (como había indicado Thiers) el orador político fallaba en cuanto se dejaba llevar exclusivamente por la intención artística. Los pasajes de mayor altura estética en la oratoria de Azaña –los que corresponden al *lirismo* en su acepción de efusión de la sensibilidad ante las bellezas de la creación natural o humana– surgen como espontáneamente en el discurso: pero no son desviaciones ni apartes estáticos. La expansión lírica de Azaña suele ser una de esas pausas intensificadoras de la fuerza de la argumentación a que se refiere Azorín al comentar a un preceptista inglés de la oratoria (que las denomina *pauses of force)»; ibíd.*, II, XXVIII.

un burgués», dejando a su interlocutor atónito, convencido de encontrarse ante un caso único en la Europa coetánea, en la cual lo de liberal y burgués sonaba a arcaico, mientras que lo de intelectual no ha sido nunca recomendable para un político [19].

Y aún nos parece conveniente, en una última ojeada a la familia Azaña, notar lo ascendente de su clase, en los tiempos todavía del estadista que vendría, la burguesía que había subido y se consolidaba, en alguna parte a costa del señorío en tramonto, un tanto a causa del mismo ocaso del antiguo régimen. En *Fresdeval,* su novela, nada más que esbozada, en 1930 y 1931, una víctima literaria de la actividad política, retrató a las dos: «Media docena de linajes, con puesto propio en la Hermandad de Caballeros Hijosdalgo, patronos del Hospital, arrumbados en inmensos caserones, sostenían por pundonor el empaque de una representación tradicional reducida velozmente a la nada por las mudanzas del siglo. Su propia mengua y el auge de comerciantes y labradores los arruinaron. En la vastedad de sus salas, escatimado el brasero, los cogotudos devoraban la ira, el tedio, la vergüenza. Los segundones que por vocación o costumbre abrazan la milicia o la iglesia [20]eran más felices: disfrutaban un pasar, mejores esperanzas. Los que regían en la ciudad una vivienda blasonada, con el honroso cargo de mantener el lustre de la estirpe, padecieron la agonía del hundimiento inevitable. Nada sabían hacer, no podían nada. Tomaban a préstamo de sus antiguos renteros. Más que la pobreza, les humilló padecer a manos de gente próxima, sus convecinos e inferiores, despreciados siempre, aborrecidos ahora» [21].

En segundo lugar, en cuanto a ese cierto rechazo por Azaña de la «paz religiosa» [22], hay que matizar que no fue siempre idéntico a sí

---

19. Marichal (I, XXVII) relaciona esa cualidad con el talante hispano, y recuerda la definición que dio de Azaña Jiménez de Asúa, como «paradigma de hispanidad».

20. Al fin y al cabo, ésta había sobrevivido a la desamortización, aunque en Alcalá se hubiera acusado el golpe de manera estridente: «Discutían el despojo de la Iglesia Magistral, empobrecida siendo viejo don Juan. El canónigo, en paseítos por las afueras, contemplaba las tierras grasas del Albornoz, que en ambas márgenes del arroyo paren anualmente espesos trigales, mecidos con ritmo igual –apretados escuadrones de lanzas rubias– en remuzgos calurosos de soles y viento. –*¡Todo era nuestro!*, decíase melancólico. Y se enconaba contra Budia, adquirente de tan rica hermosura», cita de la nota siguiente, p. 833.

21. *O.c.*, I, 827-913; I, *La casa de Budia,* p. 831.

22. Véase (*o.c.*, 4, 106) una alusión suya al Consejo de Ministros del 28 de agosto de 1931, sobre la «expulsión» de los jesuitas; lo que la Constitución acabó aprobando fue la disolución.

mismo en su propio mantenedor. Pues en su discurso sobre la libertad de asociación en la Academia de Jurisprudencia y Legislación [23], siguiendo la línea de la Institución Libre de Enseñanza, y concretamente de Giner de los Ríos, abogaba por la plena libertad de la Iglesia en la materia, repudiando la contradicción del estado liberal negador de las libertades [24], a fin de cuentas una constante intermitente en ésta –recordemos las anacrónicas exclaustraciones francesas de fines del siglo XIX e incluso principios del XX–. «Mantener una unidad moral y de doctrina ilusorias» no justificaba dicha postura, ésta en definitiva redundando «en daño de todos», una vez «sustituida la infalibilidad de la Iglesia por la del Poder Civil y uniformados por decreto los entendimientos y las creencias» [25].

Ahora bien, en la misma oratoria de Azaña durante los días de su gobierno republicano, sobre todo en los más decisivos de la propia acuñación del molde constitucional del régimen recién instaurado, encontramos ya otra manera de ver las cosas. ¿De pensar incluso? Tendría uno que preguntárselo al menos. De manera que, ¿hay que ante todo achacar el cambio al mero transcurso del tiempo, bastante para tales modificaciones, tanto por su impacto en el itinerario biográfico del personaje como en la historia colectiva del país? ¿O a la ineludible tamización que en el político ha de sufrir su talante vital incluso, por la propia fuerza de las cosas? ¿Tendríamos que apelar a la ayuda del jesuita Gracián para explicarnos algunas posturas de este antiguo alumno de los agustinos? Cual la de este interludio.

II. DE UN PRESENTE CON ALGO DEL PASADO

Pasando a otro ámbito, no por aparentemente patrimonio de la mera curiosidad de detalle, menos significativo si afinamos, es de notar que Azaña tenía una cierta cultura litúrgica, y era sensible al pasado monástico de la tierra y la tradición. Algo tanto más de notar cuanto en España ello era algo en extremo raro. Acaso por la

23. Texto en *o.c.*, I, 58-75; año 1902.

24. Pero ¿no había de incurrir en ella él mismo en su etapa de gobernante? Nos remitimos al texto citado en la nota 16.

25. «Cuando se fomenta el antagonismo entre el individuo y el Estado, huyendo de la cooperación que debe mediar entre ambos», añadía. Marichal (I, XXXIX) subraya que este criterio era contrario al estatismo de Unamuno, si bien hace ver que, cuando Azaña le sostenía, estaba convencido de haberse ya liberado el oeste europeo de la opresión a la libertad de conciencia, tanto de la casta sacerdotal como de la casta guerrera.

menor densidad monacal en casi todo el país y quizás la estabilidad menos acusada en el paisaje de los frailes y religiosos posteriores, el temperamento menos tradicional de la propia psicología colectiva incluso, lo cierto es que, salvo en Galicia y Cataluña, la huella secular que precedió a la apisonadora de la desamortización fue más débil que lo común por allá. Así, en esos mismos días de entreguerras, al disertar Francisco de Cossío en su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Valladolid, sobre el retablo de San Benito de Berruguete, no hizo alusión alguna a la iglesia monasterial de su colocación, nada menos que la matriz y la cuna de la Congregación llamada de España e Inglaterra. Y el caso es que se ha podido hablar de los monjes como uno de los elementos pintorescos tipificadores del país en el ochocientos. Así, recientemente, acaba de hacerlo José Álvarez Junco, concretamente en la secuela romántica de la resistencia a Napoleón, en un encuentro organizado en Harvard conmemorativo de los veinte años de la democracia, «monjes y montañas». Pero se trata de su estampa moderna, de exclaustrados o de ya «restaurados» incluso [26]. Por su parte, él dice en *El jardín de los frailes,* muy al principio [27]: «Frailes, yo no los había visto. Alcalá fue en otro tiempo copioso vivero de insignes religiones. En los míos era un pueblo secularizado, abundante en canónigos pobres y sin demasiado celo proselitista, adscritos a la nómina, que iban a ganarse el sueldo cantando en el coro de la Magistral: *Deus in adjutorium meum intende»* [28].

---

26. Azaña mismo dice (nos remitimos a la referencia de la nota siguiente), poniéndose en la retina de sus paisanos alcalaínos: «Había capellanes de escopeta y perro, o que imitaban al pie de la letra la vocación de los apóstoles pescando barbos en el Henares; curas de rebotica y algunos goliardos. De los frailes quedaban los conventos reducidos al cascarón, el nombre de los pagos más fértiles, que suyos fueron, y las memorias frescas aún de sus luchas por el rey neto en la era fernandina. Para la gente moza el fraile era un tipo corpulento, con barbas y sayal, rasurado el cráneo, que lo mismo asestaba un trabuco contra franceses que azuzaba a los voluntarios realistas contra los *negros*».

27. Prólogo, 2.

28. Allí mismo, en el capítulo 2, *Ocaso de Anguix* (*ibíd.*, p. 893), hay esta evocación: «Cenaron en el refectorio antiguo, rehecho y aderezado por don Bernardo cuarenta años antes. La mudez monacal del lugar, revestida impropiamente al gusto mundano, con lujo postizo, acabó a fuerza de tiempo por recobrar la primacía en el conjunto, degradándose el brillo y la novedad insolentes de la riqueza a una entonación arcaica, desvaída y tranquila. Las tres arañas pendientes de la bóveda, enroscaban sierpes de cristal ya muerto, opalescente el fulgor de las luces. Cubrían los huecos sedas rozagantes, desteñidas por el sol alcarreño hasta un punto de suave tenuidad, como el oro pálido de las credencias estofa-

En cuanto a la liturgia, *la mágica irrupción de cánticos, de resplandores,* que luego él mismo llegaría a decir, los ecos de aquella tradición sahumada en incienso que había llegado a condensar en cada iglesia [29] el aliento de medio pueblo, se oyen en *Fresdeval.* Así, en el retrato de «Evaristo, barbero y sangrador»: «Acólito en su infancia, la casa de Budia hubiera querido hacerle de iglesia. Una mujer lo engatusó. Mas no por ello se despegó del templo: recién casado sirvió de mandadero en las monjas bernardas, apropiándose el ceremonial gangoso de los coloquios por el torno. Barítono aflautado, solía asistir en las misas solemnes a cantar la epístola. Entonaba muy bien, con altibajos cadenciosos: *Lectio epistolae beati Pauli apostoli...* sin saber lo que decía. [...] En la misma plaza, frente al barbero, estuvo la aguardientería del Gacho. Dos cantores de San Justo, acabados de vomitar en el coro improperios y sentencias sublimes, iban juntos con el barbero a propinarse tal cual latigazo en la aguardientería». Y algo más adelante Bruno, resobrino del Brihuego, el industrial jabonero enriquecido: «Nadie aparece en el balcón. Él dispara membrillos verdes, que se estampan en la pared de la casa. Ya repite los gritos. Dos mujeres se asoman, riendo; saludan a Bruno. –Ahí las tienes: doña Tolosa y doña Molinera– y a voz en cuello, remedando el tono ferial: –*Jam*

---

das y del marco de cuatro bodegones –confusa lobreguez sobre los muros blancos–. El refectorio cobraba una armonía chispeante a la luz de gruesos candelabros alineados en el mantel, con profusa guarnición de plata antigua, entre macizos de rosas». Notemos la estimación del cambio de destino de la pieza como un descenso en la escala de valores. En cambio, ante la cartuja de Pavía, durante la Gran Guerra, su óptica de la vida monástica se cierra a lo positivo de ella: «... recorriendo los dos claustros, percibí el atractivo de una existencia a solas, pero lejos de ser ésta un olvido de sí propio, consistiría justamente en lo contrario: en no pensar más que en sí, en no ver más que a sí, en contar los latidos del corazón gozando con ellos solo. Una vida para olvidarse del mundo... después de haberlo removido un poco. El ápice del egoísmo es éste. Someter el pasado a una disciplina, quedarse a solas por siempre con él, y gozar con el apartamiento perpetuo, como quien se desentiende de un cuento cuyo desenlace sabe, pero que los tontos esperan con afán»; *Notas del viaje a Italia* (Milán, 16-9-1917; *o.c.*, I, p. 164).

29. En París, el 13 de diciembre de 1911, tampoco se acostumbra al Panteón desacralizado: «Parece que no ha bastado un decreto del Gobierno para sustituir el culto antiguo por otro. Aquí, dentro de esta magnificencia, no se rinde culto a nada, a pesar del letrero del frontispicio»; en cambio, el 17 de septiembre de 1913, en Bruselas, en Sainte Gudule: «Me gusta esta iglesia; vidrieras; el púlpito barroco. Toda la capilla mayor está enlutada y en el crucero hay un gran catafalco. Piedra sepulcral de don Juan de Arrazola y Oñate» (*o.c.*, 3, 723 y 783).

lucis orto sideris... Las mujeres, puesta una mano en la oreja–: ¿Qué dices?» [30].

Volviendo ahora al futuro de estadista de nuestro colegial, no podemos preterir el dato de que en el Congreso de sus años mozos, el peso de los antiguos alumnos era tanto que se podía hablar de una «minoría escurialense». Muy puesta en razón la habilidad oratoria de sus miembros, teniendo en cuenta el cuidado entonces de los clérigos y religiosos por la misma, en su propia formación esos ejercicios, tanto preparados con tiempo como *de improvisación y tono* [31]. Pero, además, al escribir [32] Azaña que «literatura quiere decir estudio, experiencia, desinterés, ideas generales y elevadas, amor al idioma y al pueblo en que se ha nacido y que le habla», ¿acaso no tenía al fondo de su paisaje mental a sus profesores agustinos escurialenses?

Mas el argumento que nos habíamos propuesto era el de un libro concreto del futuro jefe del Estado. Acotamiento trazado, no con la intención de soslayar la entraña del significado hondo, ora soterrado, ora a flor de piel, de la relación a lo largo de su vida, tan pródiga en trabajos ya que no en días, entre ese ex colegial de los agustinos de El Escorial y su colegio, sino por el convencimiento de haber de encontrarse la clave en el pequeño volumen. ¿Tanto como en su calendado discurso ante la solemne ágora constitucional del nuevo régimen?

---

30. I, *o.c.*, I, pp. 829 y 847.

31. Véase Marichal, *o.c.*, II, pp. XVIII-XX y XXVI. Contrapone los distintos ideales oratorios de los sendos historiadores del género en España, a saber Olózaga y Alcalá-Zamora, o sea por una parte la sobriedad británica, desde los escaños, no cual en Francia desde la tribuna, que en la propia Inglaterra pudo aprender Argüelles (cfr. F. TOMÁS Y VALIENTE, estudio preliminar a sus *Discursos*; «Clásicos asturianos del pensamiento político» 6; Oviedo 1995), dando la tónica a las Cortes de Cádiz, si bien un tanto solemnizada por «la antigua y proverbial gravedad española», en definitiva la manera elogiada por Azorín en su *Parlamentarismo español* (1916), donde la ejemplificó en Canalejas, Maura y Melquiades Álvarez; también la de Cánovas (ceñido ya a la eficacia cuando hablaba desde el banco azul, aunque su impenitente condición de escritor le hiciera caer en el laberinto grato de las digresiones; por su parte, Azaña también distinguiría entre «la esgrima parlamentaria» y la entrega a la «expansión confortativa») y Cambó –la *oratoria de coses* de Josep Pla. La otra preferencia era la del antecesor de don Manuel en la jefatura del Estado, la típica del trío Donoso-Castelar-Vázquez de Mella. Por su parte, Maura ejemplificó el «lirismo» en Salmerón, entonces el patricio republicano, quien se dirigía a las Cortes como pudiera hacerlo a «los metafísicos de Albacete».

32. *Las letras: su templo y su culto*, con el seudónimo de Martín Piñol, en «La Correspondencia de España», 29-1-1912 (*o.c.*, I, 100).

III. UN LIBRO DE MEMORIAS

Para lo cual no es un dato irrelevante la propia existencia de la obra [33]. Es decir, que Manuel Azaña dedicara unos capítulos autobiográficos a sus años de colegio religioso ya nos dice algo. Pensemos en el caso de otro escritor, por cierto a la larga su embajador en Inglaterra, Ramón Pérez de Ayala, quien prefirió una pieza teatral, *AMDG* [34], capaz incluso de suscitar incidentes en alguna representación, del patio de butacas al escenario. Concretamente, queremos atraer la atención hacia la voluntad de nuestro hombre de mezclar con los recuerdos de los agustinos escurialenses [35] los íntimos y privativos de su propia mocedad. O sea, las esperanzas de recuerdos. Y, si tenemos en cúenta que empezaron a publicarse en *La Pluma* en 1921, antes de completarse y reunirse en volumen a fines de 1926 [36], por lo tanto una decisión y actuación llevada a cabo ya tras del atisbo de la otra etapa, la de los recuerdos de esperanzas [37].

«El enigma de unas confesiones sin sujeto», que él mismo dijo en el prólogo, pero contradiciéndose inmediatamente a sí propio, al

33. En su visita de 1 de agosto de 1931: «Cuando entramos en la Galería de Convalecientes, el padre Isidoro exclamó, con acento ponderativo: *–¡El jardín de los frailes, el jardín de los frailes!,* mirándome con aire de inteligencia. Esta, y la del padre Valdés [alusión del padre Isidoro, acabada de hacer, a una escena con ése, de que diremos al final, y de la que dijo haberle conmovido, siendo, desde luego, como veremos, conmovedora decisivamente] son las únicas alusiones que han hecho a mi libro».

34. Coteja también ambos libros, A. AMORÓS, *Las raíces*, «El Mundo», 4-11-1990.

35. En cuanto a la parte objetiva de éstos, nos dice en el prólogo que «acaso valga el esfuerzo lo significado, donde han creído reconocerse algunos contemporáneos del colegial». Y, a estas alturas de hoy, nosotros conocemos agustinos que agradecen a Azaña haber dejado constancia de datos de la topografía cotidiana que, de no ser por su librito, serían difíciles de reconstruir. En la visita acabada de citar que hizo con su mujer, y de que volveremos a decir, el 1 de agosto de 1931, escribió: «Salimos al patio central, para que vea el jardín que han formado en él. [...] Con Isidoro y Montes, pasamos a la Galería de Convalecientes, para que Lola la conozca. [...] En la Galería, que está hermosísima, exclamo al entrar: *–Este olor de los bojes me restituye al tiempo pasado. –Es verdad* –dice el padre Montes–, *los olores nos reponen en las cosas que fueron».* Y antes: «Estoy un rato con Lola en las salas capitulares. El prodigioso *San Mauricio,* que me inspiró una página de *El jardín.* [...] Entramos en la sala de visitas, que está como estaba, salvo que han puesto algunos cuadros. En el fondo, bajo un dosel, conservan una fotografía de la reina Cristina».

36. Nosotros hemos manejado una edición terminada de imprimir el 29 de julio de 1936 –el texto está en *o.c.*, 1, 665-726–. La obra está dedicada a Cipriano de Rivas Cherif.

37. En el prólogo también: «Me apiado de la mocedad verdadera, ignorante de su virtud: los placeres en proyecto son el origen del infortunio».

advertir, sin recato, que «quien posea menos humanidad que espíritu crítico, fallará adversamente si el primer encuentro de un mozo con lo grave y lo serio de la vida se diluye en frívolos devaneos de colegio». Una falta de recato de la que, inmediatamente uno diría que se ha arrepentido, cual si se sintiese exhibido en contra de un cierto pudor desdeñoso– ¿y acaso esto no era una característica de su literatura?–, y por ello, ¿rectifica?, sigue de esta guisa: «No me reconozco en [estas memorias]. Aprisionan la fugaz realidad de un concierto de luces reflejado en tales nubes que, dispersas, no han vuelto a juntarse como se juntaron. Repaso indiferente el soliloquio de un ser desconocido prisionero en este libro. No es persona con nombre y rostro. Es puro signo. Habrá de no pararse en el signo quien pretenda gastar su benigna atención en leerlo útilmente». Pues, sin embargo, no otra cosa que ir más allá del signo es lo que nosotros pretendemos.

Y bien, antes de proseguir, meditemos en el contenido del primer párrafo del capítulo primero. Con la previa advertencia de que, en este libro, hay que proceder muy despacio y siguiendo al principio su orden, pero para volver y re-volver después, incansablemente, en desórdenes muy diversos.

IV. LA CLASE DE LITERATURA Y OTRAS [38]

A saber: «La primera vez que oí hablar de los Schlegel fue en El Escorial de Arriba, una tarde de otoño, hace ya veintitantos años»,

38. Para el colegio de de aquellos días, B. DIFERNAN, *Historia del Real Colegio de estudios superiores, Universidad María Cristina, de El Escorial* (Madrid 1960); G. DEL ESTAL, *Los estudios superiores de San Lorenzo el Real* (El Escorial 1964); él mismo, *Nuevo Escorial universitario,* en la obra colectiva «Los Agustinos en El Escorial. Estudios en el primer centenario de los agustinos en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. 10 de agosto de 1885» («Estudios Escurialenses», 1985) 413-511; la otra obra colectiva: *La comunidad agustina en el monasterio del Escorial. Obra cultural. 1885-1963. En el cuarto centenario de la fundación del monasterio. 1563-1963* («Biblioteca de *La Ciudad de Dios*», 1: Libros, 9, El Escorial 1964) (a las pp. 131-66, el ámbito jurídico; a las pp. 64-101, el musical, colaboraciones respectivas de L. Hernández y J. M. López Riocerezo, dándonos también una bibliografía de sus frailes); C. MUIÑOS SÁENZ, *Labor científica y literaria de los agustinos escurialenses,* en la obra también colectiva «Los Agustinos y el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. 1885-1910» (Madrid 1910); J. ZARCO CUEVAS, *Escritores agustinos de El Escorial. 1885-1916. Catálogo bibliográfico* (Madrid 1917); cfr. V. GÓMEZ MIER, *El Colegio de El Escorial. Cien años de reformismo* (Madrid 1976).

más concretamente «en una sala baja, fría, donde un par de docenas de adolescentes, de codos en los pupitres de pino todavía pegajosos de barniz sufrían la iniciación literaria y, encaramado en la tribuna, un fraile joven, quebrado de color, escuálido, de boca rasgada y dientes desiguales, nariz aguileña y ojos saltones entreverados de sangre, daba suelta a su elocución caudalosa, de voz insegura, tan pronto ronquilla y velada como chillona y metálica, entre gallos y rociadas de saliva, trompicándose con el tropel de palabras que le salía de la boca». Era el padre Blanco García, el autor de la *Historia de la literatura española en el siglo XIX* –que a esos adolescentes, por cierto, nunca daban a leer–, fray Sátira que los colegiales le llamaban, por una propensión de su ser [39], «parlanchín y burlón, dentro y fuera de clase». Y bien lo demostraría al arremeter contra Clarín [40], «el prototipo del impío para los frailes».

Pues bien, yo quiero insistir en este detalle, el de que el primer recuerdo que Manuel Azaña, el escritor Azaña [41] –¿acaso no lo fue, al menos tanto como hombre de Estado?– consigna en sus memorias del colegio, sea una ventana abierta a la república literaria [42] en la clase de literatura. Una clase de la que no se despide sin valorar que era «soportable como ninguna porque hablaba de cosas inteligibles y amenas cuya inserción con nuestra sensibilidad personal veíamos patente». ¡Cómo nos recuerda la estimación tan particular que de esa asignatura teníamos, en nuestros colegios y en nuestros institutos –el padre Estefanía, don Ángel Revilla–, quienes albergábamos alguna ilusión de escribir!

Por otra parte, ese futuro escritor, o mejor escritor sin más, que tal se nace, «leía sin previa censura», o sea, cuanto caía en sus manos, libros de imaginación por supuesto –Verne, Raid, Cooper, Scott, Dumas, Sue, Chateaubriand, algo de Hugo, traducidos, y sus secuaces españoles–. «Estudiar leyes me pareció el suicidio de mi vocación. El tiempo sólo a medias me ha desmentido», escribe, si bien inmediatamente reconoce que «no ha habido disciplina ni conveniencia capaces de doblegarme a ser jurista». Ello inmerso «en

39. «Andaba casi a brincos; cada ademán, una sacudida. Empezaba a toser; ardía en sus pupilas la calentura».

40. J. M. TORRIJOS, *Relaciones y controversias de los escritores del siglo XIX con los agustinos del Escorial,* en «Los Agustinos en El Escorial» cit. en la nota 36, 633-68.

41. Cfr., S. FORTUÑO LLORÉNS, *Aspectos literarios en la obra de Manuel Azaña,* «Ateneo de Castellón. Anuario 1992-3», n.º 6, 181-94.

42. Cotéjese la nota 17.

una sed de aventuras furiosa, amando apasionadamente el mar y soñando una vida errante». Y el padre Blanco lo sabía: «Quiso enmendar mi gusto y me dio a leer a Pereda. Era lectura lícita y la alternábamos con los folletines de Rocambole, recibidos a escondidas. Diome más adelante *Pepita Jiménez*. Me aburrió. –Es natural– dijo el padre–. Hay que estar muy versado en los místicos españoles». Sabido es que luego sería especialista en ella y en el autor: aparte su dedicación a éste, escribió Azaña un librito titulado *La novela de Pepita Jiménez*, y prologó su edición en «Clásicos Castellanos».

Y, a propósito de libros de texto. La presencia del de Narciso Campillo [43] –«criticar es aplicar los juicios de la sana razón a las obras literarias y artísticas»– que Azaña había tenido también en su colegio de Alcalá, podía explicarse, a pesar de su clerofobia, por su temida presencia en la comisión de exámenes, «aplacado por los frailes con comidas pantagruélicas y vino sin tasa». Y que el de filosofía encarnara «la ortodoxia pura» de «un profesor de Barcelona, almacenista de bacalao que en los ratos de ocio producía metafísica», no podía ser menos. «–Vamos a ver, jóvenes– interrogaba el fraile. ¿Qué es la verdad de conocimiento? –*Adequatio intellectus et rei*– respondíamos con aplomo. Nunca he vuelto a pisar terreno tan firme [44]». Pero que el de Historia, asignatura que a Azaña también le dio el padre Blanco, fuera de Ortega y Rubio [45], «bondadoso señor, enemigo irreconciliable de Felipe II», nos da qué pensar. Un tufillo de bienvenido liberalismo, sin llegar al aroma de azufre, ¿no?

Y, antes de continuar, no nos olvidemos de la circunstancia concreta que había marcado al pequeño Manuel Azaña de antes de El Escorial [46], en el colegio precedente de la misma Alcalá de su nacimiento y familia: «Un espíritu tierno, como de niño, ambicioso de amor, empieza luego a tejer un capullo donde encerrarse con lo

---

43. Este fue también poeta. Nació en Sevilla en 1835 y murió en Madrid en 1900. Tuvo la cátedra de Retórica y Poética en los Institutos de Cádiz –donde fue redactor de *El Demócrata Andaluz*– y Cardenal Cisneros de Madrid.

44. Sin nombrarlo, Azaña retrata también al fraile que les daba el tomismo, «listo como el hambre», pero «mejor jinete que metafísico».

45. Vivió de 1845 a 1921, siendo catedrático de las Universidades de Valladolid –también cronista de esta ciudad– y Madrid. Colaboraba en *La Ilustración Católica*.

46. El capítulo tercero comenzaba así: «Hay que ser bárbaro para complacerse en la camaradería estudiantil». Huelga el comentario.

mejor de su vida [47], con todas esas apetencias, generosas o no pero fervientes, que el mundo desconoce o pisotea. En esa edad, por el corazón se vivía tan sólo» [48].

V. ANTE EL MONUMENTO FILIPINO

La rebelión amatoria del adolescente se insinúa en el capítulo quinto, envuelta en una prosa un tanto irritante, quizás por su pretensión, no conseguida, de hacerla salir de lo que sencillamente fue, algo común a la mayoría de los mozos en el trance, eso sí, con las derivaciones literarias y hasta un poco filosóficas de uno dotado de cualidades sobresalientes. Lo cierto es que en ella no hay nada incompatible con lo que hubiera podido quedarse en una relación filial hacia el colegio, proa al futuro de la vida adulta.

Y la crisis de la fe, de la que diremos por etapas incluso, no fue temprana. El capítulo sexto reconoce tácitamente la compatibilidad del autor con el paso por el filtro de la ortodoxia de los filósofos «refutados» –Kant en cinco puntos, Hegel, Comte–, tanto convertidos en objeto de mofa –el judío Spinoza– como de escarmiento– Sanz del Río. Siendo muy suave «una mayor rebeldía que a la conservación de la doctrina a la restauración de los modos», concretamente el discurso por silogismos en los certámenes, de encargo él dos veces, ante el colegio en pleno, una por el padre Blanco, «de la belleza como cualidad suprasensible».

---

47. «Amaba mucho las cosas, casi nada a los prójimos. Amaba las cosas en torno mío. [...] Amaba mis libros, y el aposento en que leía, su luz, su olor. Amaba la casa, tan temerosa en las anochecidas, rondada por las sombras de los muertos, llena a mi parecer del eco de ciertas voces extinguidas por siempre jamás. [...] Amaba poco a las personas. Se me antojaba hostil su proceder. La más entrañable estaba casi tres cuartos de siglo distante de mí».

48. Y entonces: «–Te vas a ir con los frailucos, nieto– me dijeron al acabarse aquel verano. Fue más grande la sorpresa que el disgusto». Y hace seguir sus datos sobre la ausencia de regulares en la Alcalá exclaustrada que ya conocemos. Después «[...] me recibió el padre Valdés, y alzándose las gafas hasta la frente. mirándome con los ojillos entornados, me preguntó: –Tú, ¿por qué estudias? ¿Por convicción? Respondí con risas y encogimiento de hombros». Había contado también su despedida de las monjas de un monasterio de su ciudad, de manera un tanto cáustica, con alguna concesión a la ternura. Notemos el recuerdo deformado que habían dejado los exclaustrados del pasado anterior, los siglos de permanencia densa y variopinta suplantados por una última estampa incivil: «Para la gente moza el fraile era un tipo complaciente, con barbas y sayal, rasurado el cráneo, que lo mismo asestaba un trabuco contra franceses que azuzaba a los voluntarios realistas contra los *negros*».

Y hemos de detenernos en su visión del monasterio [49] como obra de arte, por cierto tampoco fuera de la común entre los condíscipulos. Por eso mismo resulta reveladora [50]: «Quedaba aparte, ininteligible, no sé si diga hostil. O la admirábamos a bulto, sin saber muy bien por qué (acaso por su grandor), o veíamos una obra extravagante, cargada de intenciones anacrónicas, que no hacía presa en nuestra sensibilidad ni acertábamos a explicar según los modos de que nuestra razón iba aprendiendo el uso».

¿Reveladora, sin más, de una cierta falta de clarificación en la postura del español hacia su pasado? El caso es que, seguidamente, el mismo Azaña trata de encontrar la explicación de aquella visión del monasterio, viéndole sencillamente como «un error grandioso», pero atribuyéndo la tal, nada menos que a una cierta «incapacidad de penetrar el secreto de la obra, superior en dignidad» al paisaje sin embargo [51]. Además de, y ahí pone ya el dedo más concretamente en la llaga, «en el encargo de contemplarla dentro de su representación histórica, sobreponiéndole un valor de orden moral, significante que postergaba su valor plástico». Pero la resultante era, precisamente, que a la postre el monasterio «quedaba desconocido» [52].

Y bien, recordemos la interpretación que de El Escorial da el doctor Marañón, en su biografía de Antonio Pérez [53], según él la obra de espíritu más luterano alumbrada en la España paradójicamente tipificada por la Contrarreforma, ello respondiendo a la soterrada, subconsciente manera de ser de su autor. Algo muy diverso de la actual hermenéutica de los historiadores del arte, sobre todo los germánicos [54], quienes no dudan al encasillarlo en el barroco. Postura la última que ha extrañado a quienes no veían en este estilo sino una nota, la preponderancia de la decoración, por otra parte fomentada esa limitación por la escasez en España de planos conformados con arreglo a él o al menos sus maneras más típicas.

---

49. J. VARELA, *El Escorial de la República. El monasterio sugiere a Azaña un original concepto de España,* «El País», 1-II-1990; F. UMBRAL, *El monstruo frío,* «El Mundo», 4-11-1990.

50. Capítulo quinto.

51. De su falta de acuerdo con el paisaje trata el capítulo décimotercero.

52. «Llevándonos a medirle por el mismo canon que la expedición de la Armada Invencible».

53. De ello trata nuestro artículo *El Escorial y Lutero,* en «El Adelanto» de Salamanca, 27-4-1976.

54. Por ejemplo, R. RAFFALT, en *Europäische Barockklöster* (ed. H.Schindler; Munich 1972) 9-24.

Otra visión, quizás más cotidiana para los propios colegiales [55], aunque parcial, se asumía *ex integro* hasta totalizar la obra entera, consistiendo en la funeraria sencillamente: «San Lorenzo, tabernáculo de la muerte, recordatorio de la agonía, yerta cámara de difuntos», de manera que «más pesaban el rey fundador y el cuidado de su alma que el arquitecto y su genio», el fundador de «aquel colegio orante que siglo tras siglo derrama sus preces sobre una fosa siempre abierta».

Y, ya dijimos de la cultura litúrgica de don Manuel [56]. Por supuesto conocía la de las exequias y toda la intercesora por los fieles difuntos, las ánimas benditas: «La liturgia fúnebre que apenas se interrumpe, retrae las almas al momento de partirse de este mundo, las evoca, diciéndoles aquellos pungentes improperios recibidos por vez primera cuando su cuerpo se acababa de enfriar». Advertimos pues que había leído bien el misal y el breviario... Y como las citas se nos agolpan y son fáciles, por muy desconocidas que ahora estén, prescindimos de todas. Uno de los frailes [57], en sintonía con ese mismo marco, recitaba, por ejemplo, en la Glorieta de Convalecientes, el *Miserere* de Núñez de Arce, «decorando con ruda prosodia versos abundantes en aparecidos, cánticos penitenciales, procesiones de esqueletos y otros arbitrios de ultratumba». Pero hemos de volver a la interiorización pretendida.

VI. HACIA EL «SECRETUM MEUM MIHI»

Y, sin embargo, para el colegial Azaña, los agustinos de El Escorial fueron un sedante a la exacerbación de la religiosidad temerosa y ardo-

---

55. Capítulo séptimo.

56. «–... *in vitam aeternam* amen, se oyó decir clara y blandamente en la celda», en el viático a un condíscipulo (capítulo decimoséptimo). Al octavo: «Cuantos se hallaban, a los quince años, propensos a estar tristes sin motivo, iban a naufragar en el oficio de vísperas, hora en que la basílica nos recibía con insólita suavidad y sin confortarnos adulaba al ánima atribulada por deseos sin nombre».

57. V., que se le designa en el libro; era Norberto Vicioso. En el relato de su visita del 1 de agosto de 1931, de que hemos dicho y diremos, alude a él así: «de quien hablo con alguna violencia en *El jardín de los frailes*. Si me ha leído, me querrá poco. Estaba de rector del Colegio de Agustinos en Málaga, quemado en el mes de mayo último. Me cuenta a qué circunstancias debió el escapar con vida, y por qué no hubo víctimas entre los niños acogidos en el establecimiento. Se lamenta de las desgracias y pérdidas, sobre todo del incendio del *Cristo* de Mena. –*Si llega a perecer alguien, te crucifico*, me dice sonriendo. –*A los redentores crucifican, a mí no, que no soy redentor*, le respondo. Hablamos todavía otro rato, y el padre Norberto se despide».

rosa bebida en la descarnada devoción catequética de las iglesias alcalaínas, en las que se daban tremebundas misiones de cuando en vez [58]: «Los frailes me volvieron a la razón por sus pasos contados. Me explicaron mis creencias; me miré en otros ejemplos; supe lo que podía esperar y temer; algunas congojas se desvanecieron» [59].

Si bien relata que las dos maneras se daban en la comunidad, «los dos estilos de apacentar almas, el uno terrorífico, opresor, el del padre Uncilla; calmante el otro, el del padre Valdés, mentor más inteligente o con más experiencia del corazón que sus cofrades» y que «riguroso en el aula y en los claustros, dulcificábase en la capilla [60]».

Y parece ser que la crisis antecedente a la pérdida de la fe consistió [61]en una cierta incapacidad para asentarse en esa nueva manera. Sin que entonces le sirviera la ya para él vieja liturgia: «Del hechizo inmediato de la iglesia me había evadido pronto. Los juegos de la luz y de la música, el incienso y otras suavidades del altar, no me trajeron saciedad alguna; donde muchos caen en arrobamiento y por deleite de la vista o del olfato suben al empíreo, yo me mantuve reacio, escatimando la atención al lenguaje de la liturgia, que ya me había inoculado por sorpresa emociones sospechosas, turbulentas, poco placenteras [62]».

---

58. Capítulo décimo.

59. El capítulo duodécimo trata del otro tránsito de la exaltación-localista alcalaína de campanario al españolismo, desde luego éste entendido como la ortodoxia española de los frailes, nacionalcatolicismo *avant la lettre* (aunque a nosotros la expresión nos parece historiográficamente infeliz para su ámbito de aplicación común; acaso resulte en cambio más adecuada a la ideología precedente). En el colegio le encarnaba sobre todo el padre Miguélez. Ortodoxia por otra parte que estaba viviendo un trance cálido: «Movíamos al África en tal sazón una guerra desbaratada. Regían tópicos muy gratos a los frailes del Escorial: misión histórica, glorias de la cruz, traducidas al furor verboso, inanes», y a la que llegaba de fuera, alguna vez, la tentación de la visión contraria, por cierto que ahora tremendamente actual ésta, mucho menos vigorosas las supervivencias de la anterior desde hace algún tiempo: «En poco tiempo la crítica soliviantada por escarmientos ruidosos acreditó otra opinión: la ruina española es aborto de una raza incapaz».

60. «Severo de sobra era el porte de este fraile, el más afrailado y temido de cuantos entendían en nuestro gobierno. Jamás fue familiar ni comunicativo siquiera; recuerdo su sonrisa como suceso notable por su rareza; sonreía a su pesar, violentando su gravedad, y no tardaban sus facciones poco graciosas en absorber y secar el rocío de la sonrisa».

61. Capítulo undécimo.

62. Pero «la insinuación primaveral, el simple descuido de ser joven llegan irresistibles. En el refugio vespertino de la basílica –el altar sin pompa, sin devoción el alma–, el llamamiento atronador del coro rebota en las bóvedas; nos doblega».

Y fracasó también cuando dio en buscar, a través de la sublimación de lo natural y la naturaleza [63], el reposo en el anhelo, ya que no en la consecución mística. Sin conformarse –y ahí hemos de ver la entraña del drama, llevando en sí ineludiblemente el desenlace– con el asentamiento mediocre en la posesión heredada y recibida. De ahí su postura hacia las lecturas edificantes del refectorio, a veces él mismo obligado lector cuando le llegaba el turno del púlpito, de «unas páginas de *El Genio del Cristianismo* (sin René), cuando no eran de *Fabiola* o, caso peor, de *Las ruinas de mi convento.* Tolerables los romanos de Wiseman, por caer yo de nuevas en esas evocaciones pintorescas, Patxot, el lacrimoso, me daba naúseas y mucha fatiga como rodeo sin término la amenidad de Chateaubriand», quien se «quedaba lejos del foco de la creencia y de su hálito candente como el solano que asura las mieses».

Aunque hemos de evitar la tentación cómoda de adoptar una visión monolítica, una perspectiva rectílinea de este acuñarse del colegial alcalaíno. Un ejemplo es el mismo de la liturgia. Pues, aunque no implique una contradicción, acaso no nos habríamos esperado encontrar en él, sólo unas páginas más adelante [64], si bien también se refiere al dogma y la historia sagrada: «Yo retuve de las sugestiones causadas por la doctrina y la liturgia, las más placenteras, y de ellas me servía, a falta de expresión directa y propia, para poblar de imágenes el campo. Retuve los fastos gloriosos, el júbilo pascual, la inocente albura de la ofrenda. Retuve las promesas confortativas, el bálsamo de misericordia, que no deja cicatriz; la asistencia en un tabernáculo radiante, donde el amor es tan actual y seguro que se parece ¡oh descanso! al olvido. Retuve las señales de

63. Notemos (14) su sintonía de la primavera y la pascua: «En los mayos de esa vega miraba la corona pacífica de una esperanza anual, el término de los trabajos divinos. No entendía los misterios, pero hallaba concordes la naturaleza y la leyenda. Cuando el mundo renacía, y, bajo un temple suave, era tan bueno ir mirándolo, correr, gritar, y el simple respiro, ¿podría el Señor estar doliente, muerto? Un sábado, al cual nos conducían, del cual nos separaban todos los demás días del año; un sábado, previsto ya en los ritos fúnebres –el sepulcro no se cerraba para siempre, harto lo sabíamos–, cumplíase en la iglesia sin lámparas la renovación de los dones naturales: un tonsurado inventaba el fuego, en memoria de otra invención antigua; purificaba el agua, exhalando el resuello sobre el haz de la pila, en memoria del poder, mucho más viejo, mucho más grande, que separó también con su hálito las aguas y el firmamento. *Y luego era la mágica irrupción de cánticos, de resplandores.*

–¡*Alegrémonos!* –clamaban en la iglesia–. ¡*Cristo ha resucitado!*

Sí; lo esperábamos. Su muerte era revocable, como la del sol cotidiano».

64. Capítulo decimocuarto.

regocijo: el oro del altar, el incienso nacarado, los himnos, las palmas; las apariciones benignas, pasado ya el Calvario, cuando Jesús reposa de sus trabajos cumplidos, ilumina la tierra que pisa y la apacigua [65]».

Y tengamos muy presente que su salida del colegio fue, sencillamente, una como tantas otras, algo antes de tiempo. Nada más. Ningún trauma particular. Su descripción no merece por eso mucho la pena [66].

Él mismo [67]nos habla de esa etapa intermedia, la suavización de aquella religiosidad intensa mantenida desde la infancia, ya dijimos que una cierta naturalización de lo sobrenatural, algo así como la estimación tibia de lo religioso, en la frontera entre quedarse fuera y permanecer dentro, una postura que, desde luego, no sería la suya en definitiva, ni mucho menos [68].

Hasta que nos dice, como ajeno, no podía ser menos teniendo en cuenta esa su endémica índole de escritor desdeñoso, paradójicamente manifestada con más ahínco en este libro de memorias: «Mi rebelión personal sobrevino en la buena compañía de las letras, alzándose el rencor fermentado en cuatro años de renuncia al mundo libre».

Pero no podemos olvidar, a la hora del balance, que agrega: «Había gozado en el colegio de libertad interior omnímoda; ningún deber, ninguna vocación me echaba su argolla». En cuanto a «la coerción externa, lejos de ser gravosa, la confinaba a tierras vírgenes, parto de su codicia». Por lo tanto, insistimos, hemos de alejar toda indumentaria traumática cuando al fin nos confiesa que «entre el ayer esquilmado y el mañana, formé voto de libertad». Como tampoco a la postre la hubo al tomar la decisión de no volver, en el

---

65. En el decimotercero, la descripción de la función del jueves santo: «Debajo de la cúpula, frailes y alumnos, la comunidad de San Lorenzo, los novicios, el monasterio completo, formábamos luengas hileras. El chantre en el coro exclamaba antífonas gloriosas, entre claros silencios, y su voz nos impelía hacia el altar donde los oficiantes habían trocado el terno de luto por el blanco. El espíritu anestesiado dejaba de padecer. Corazón leve. ¿Estaríamos, al fin, perdonados?».

66. En el capítulo decimoséptimo.

67. Capítulo decimocuarto.

68. Nótese, por este camino, una interpretación de la liturgia pascual, en el capítulo decimocuarto (p. 171). Y, en lo que implicaba de vuelta a la infancia primera, apostilla: «Niñez intacta, que una tarde se marchitó oyendo predicar a un jesuita».

interludio definitivo de los últimos días [69]. Era el año 1898 [70]. Al ir a examinarse a Zaragoza, se cruzaban los escolares con trenes de soldados...

Ahora bien, no sería lícito que entráramos en ninguna valoración de la visión de conjunto que estamos pretendiendo, sin antes dejar la palabra al propio protagonista. Pues contamos con el relato pormenorizado de una visita muy instructiva a su colegio, cuando era Ministro de la Guerra [71], el 1 de agosto de 1931 [72]. Una visita entrañablemente familiar, doméstica, conyugal, para enseñar el teatro de aquellos cuatro años de su vida a su mujer, Lola. Y que se desarrolla con mucha cordialidad, pero eso sí, marcando mucho las diferencias entre unos y otros de los frailes de *nuestro tiempo* en la ocasión vistos, muy distantes entre sí en el afecto del antiguo alumno, tan determinante ello que acabó motivando no aceptara la invitación a comer, al principio iniciativa de uno, el más querido, el padre Montes, un eminente penalista [73], muy estimado por Jiménez de Asúa:

> «El encuentro con el padre Montes me ha satisfecho [74], y estoy contento de haberle alegrado una hora. No así el encuentro con los

---

69. «Repaso ahora los modales, el porte, el acento que gasté en mis últimas jornadas del Escorial y confieso haber puesto a prueba la humildad, la paciencia de sus paternidades. ¿Me habrían soportado de no serles o prenda muy cara?».

70. Precisamente, el padre Montes, escribió dos novelitas ambientadas en el desastre, una en Filipinas, *–El alma de don Quijote–* («El Buen Consejo», 1904; 3.ª ed., 1963) y otra, en Cuba *–El destino–* (5.ª ed., 1959). Otra novela suya es *La justicia humana.*

71. A propósito de esta circunstancia: «Cuando vamos en busca de la salida, me habla [el P. Isidoro] de mi gestión ministerial, que aplaude. Era necesario, dicen los dos [el P. Montes era el otro], y el padre Isidoro añade que ha discutido el caso con el coronel de Carabineros, el cual arguía a la defensa que Isidoro se atribuye: d*efienden ustedes al discípulo».* Cuando tratan de la cuestión religiosa, y de ellos mismos: «Volviendo a la cuestión de las órdenes, les digo que los agustinos quizás corren menos peligro que otros, por ejemplo, que los jesuitas. *–Somos más liberales. –No es por eso. La gente cree que se conducen ustedes de otra manera».*

72. El 6 de septiembre de 1937, en guerra ya, estando en La Pobleta, recuerda esta visita, y otras anteriores indatadas; *o.c.*, 4, 763-4.

73. Su bibliografía a las pp. 483-90 del libro antes citado sobre aquella comunidad.

74. Precisa en 1937: «Cuando se proclamó la República y yo fui ministro de la Guerra, el padre Montes me escribió una carta de felicitación, en la que me trataba de vuestra excelencia. Para corresponder a su fineza, una tarde de aquel verano (*solía yo pasar en El Escorial de sábado a lunes)* fui a *la universidad,* como la llamaban. Me recibieron el padre Isidoro y el padre Norberto. A poco, llegó presu-

otros dos [uno era el padre Norberto Vicioso, V. nada más en el libro, donde por cierto al padre Jerónimo Montes se le llama Mariano]. El uno no es más que una sombra afectuosa. Los otros, fuertes aún [75], están en plena actividad y perpetúan cuanto me pareció insoportable en su juventud. El picajoso y suspicaz Isidoro [76], el brutote Norberto no pueden tener conmigo ninguna comunicación agradable [77], ninguna expansión leal. Y este desagrado ha ido acu-

---

roso el padre Montes. Me estrechó convulsamente las manos, se decidió a abrazarme, lloró de alegría. Me habló de tú, como por excepción había hecho siempre, aunque ahora con cierta timidez. *–Así es como debe usted hablarme y no con tratamientos oficiales... ¿No soy yo el mismo para usted?* El padre Montes, aunque joven todavía cuando yo le conocí, era un hombre grave, exigente, de muy pocas palabras. Desde que fui su alumno (en el curso de derecho romano de 1894-1895), cobró por mí una especie de afecto personal vivísimo, nunca desmentido. Le recordé casos de la vida escolar, que ya se habían borrado de su decadente memoria. Él la conservaba (*sic*) y me habló de otros, sobre todo, de nuestras excursiones campestres, de los madrugones, tan penosos en mis catorce años, para escalar la cima de San Benito, donde freíamos huevos y desayunábamos: de la cena en la Posada de San Rafael, bloqueados por la nieve...».

75. Seis años después, en su entrevista con el padre Isidoro en guerra, escribe: «Cuando le he visto entrar, como no lleva hábito, parecía reducido a la mitad. Un poco encorvado y flaco, con cara de hambre, por más que, aun en su juventud, siempre tuvo un semblante demacrado, ascético, como de mala salud. Traía un terno color sangre de toro, muy ajado, y botas marrón, nuevecitas. *–Me las he comprado para venir a ver a su excelencia–* me dice sonriendo».

76. El rector entonces; «inspector», cargo el más modesto, en los tiempos de Azaña, o sea mantenedor del orden entre los colegiales. Éste no le menciona en el libro, y al escribir de esta "visita" no recordaba el extremo, diciendo, eso sí, que nunca le había sido simpático: «A menudo ampuloso, aguileño, un poco taimado, y con pretensiones de rapaz. Le di mucha guerra. Y una vez que volví al colegio, a la consagración del padre Valdés como obispo, creo recordar que le dije algunas insolencias risueñas. El padre Isidoro está muy amable conmigo». El padre Montes, también recordó al padre Serra, del que nada sabemos, entre los frailes de aquellos tiempos, pero no le vio Azaña porque vivía en el monasterio y no en el colegio (en septiembre de 1937 consigna el mismo presidente que había muerto hacía dos meses).

77. Pero, el 6 de septiembre de 1937, con ocasión de recibir su visita, luego de haberle salvado la situación personal generosamente, consigna: «Después, he cambiado con el padre Isidoro cuatro o cinco cartas. Me escribió, caso extraordinario, cuando yo estaba preso en el puerto de Barcelona, en la misma ocasión en que muchas personas a las que yo había encumbrado, haciéndolas ministros, embajadores, etcétera, se olvidaban de escribirme, para no comprometerse. Mis respuestas, que conservaba, le han salvado la vida, según dice». ¡Cuánto nos dan qué pensar, cómo nos sugieren, todos estos detalles! ¡De los hombres, de las cosas, de los azares! Más adelante pone en boca del mismo padre la explicación concreta de los buenos oficios de aquella respuesta: «Un día, en la cárcel de San Antón, nos registraron a todos, porque se había perdido una pistola. El policía que me registró me pidió la cartera. Sacó de ella una carta de vuestra excelencia, que estaba allí por casualidad, y en cuanto vio la firma me devolvió todo y no insistió. No sé por qué,

mulándose a medida que transcurren las horas. Antes de salir del Escorial, le digo a Lola, que de ninguna manera iré a comer el domingo con los frailucos [78]. Lo siento por el padre Montes, pero le enviaré unas líneas cariñosas, aplazándolo para otra vez, y se quedará contento. ¡Pobre fraile! ¡Cómo recordaba mis *triunfos* de colegial!» [79].

Y bien, esa innegable actualidad, al cabo de tantos años, de las viejas personas y los viejos recuerdos, correspondientes por ende a un pasado no ido definitivamente, lo que indiscutiblemente nos está denotando es la trascendencia de la impronta escurialense en Manuel Azaña a lo largo de toda la vida , y cómo el colegio y los frailes seguían contando tremendamente para él. Es decir, que la apostilla que hemos transcrito, negativa parcialmente y un poco acre, nos descubre una profundidad, una entrañabilidad en definitiva, que por sí solas la dimensión positiva de la visita, y la propia visita [80] en sí, no habrían sido capaces de revelarnos, pese a la profundidad de su significado sin más. Si queremos menos simpática, pero más digna de ser subrayada para, en definitiva, testimoniar el alcance de una simpatía, que lo más cordial del diálogo y de las impresiones líricas consignadas a solas.

Del primero: «Mientras llegan [los otros dos], el padre Montes me convida a comer. *–Has de venir un día que haya pichones. El*

---

me pareció leer en su cara que aquel hombre se había convertido en mi protector. En la cárcel no me molestaron más; tampoco al padre Serra. Muñoz Seca, que estaba preso con nosotros, me decía: –Usted es aquí Orfeo».

78. Volvió el 29 de noviembre (ibíd., 251): «Ayer domingo, por la tarde, estuve en El Escorial. Delicioso de luces. En la punta del jardín de los frailes estuvimos hasta la puesta de sol. Allí se nos acercaron Sancha y Antonio Robles. Después fuimos a la Casita de Arriba. Hacía frío. Al tomar el coche en Los Alamillos, el padre Isidoro asomaba la cabeza a la ventana de la rectoral, curioseando».

79. Concluye: «Sí quieren *estar amigos* de un ministro de la República, *que tanto puede hacer por ellos* –dice Isidoro, a mí no me agrada–. Isidoro me ha dicho que oyó por la radio mi discurso del Hotel Nacional. Y ¡basta de frailes!».

80. El que se hablase durante ella de la política religiosa gubernamental, e incluso del propio porvenir de los agustinos en el lugar, lo que nos denota es la profundidad de la confianza mutua. Recordamos que, en una necrología del padre Montes, cuya muerte no se hizo esperar (véase la nota 87), escrita por Jiménez de Asúa en la *Revista de Derecho Público,* el profesor cuenta de una visita que al mismo padre Montes había hecho, poco después de la de Azaña, en plena discusión parlamentaria de la cuestión religiosa, ponderando la prudencia del agustino en no sacarle en absoluto dicha actualidad a lo largo de la conversación.

domingo que viene, y habrá pichones, repite, con fruición [81]». De las segundas: «En El Escorial, adonde fui anoche con Lola, he pasado muy bien el tiempo. Hacía fresco; la luz, templada por nubarrones. Estuve por la mañana en la basílica, solo. Cantaban la misa mayor. ¡Cuántos recuerdos!, treinta y tres años han pasado. ¡Qué de cosas adquirí y perdí aquí! Alcalá y El Escorial: he aquí las raíces primeras de mi sensibilidad. [...] Con estas canciones de coro, mi alma adolescente subía en otro tiempo al cielo» [82].

De recuerdos escribía el ministro. Pero, ¿con qué significado? ¿Hasta dónde su presentismo?

VII. La realidad de una memoria

El colegio escurialense de los días de Azaña había estado muy en sintonía con lo moderno, sin retroceder ante lo novedoso. «Caballos, teatro, velódromo, un frontón, el *foot-ball* naciente [83], en fin, la prensa: Eton no podría competir» [84] Se refiere a la fundación de un periódico al comienzo del curso, con una celda vacía para la redacción y algunas dispensas en el horario a los redactores; por «famoso» material, «hojas de papel engrasado que el mejor calígrafo del grupo, meneando propiamente el estilo, arañaba con punzón; rodillo de entintar, plancha y bastidor para las copias». Puede sorprendernos algo que nuestro joven alcalaíno prefiriera hacer de maquinista que de colaborador literario, dejándose llevar de «un respeto casi religioso por las letras y una cobardía rara», teniendo las habilidades para pasar de la inspiración a la obra «virtudes de orden poco menos que sobrenatural», ya que «un grande amor intimida, prefiriendo que adivinen su reserva, la adivinación como justicia, sin la osadía de profanar un objeto cándido». A pesar de ello se sintió tremendamente halagado porque hubieran contado con él, incluyéndole «entre los alumnos calificados para las letras».

---

81. «[...] Al poco rato, [el padre rector] me convida a comer. –*Ya le he dicho que venga un día que haya pichones,* interrumpe el padre Montes. Isidoro interrumpe a su vez, como si se percatase de un desvarío del otro fraile».

82. «El colegial ya no existe, y ellos siguen cantando lo mismo. ¿Para quién? *Nadie lo ha exprimido como yo*». Notemos lo definitivo de esta última frase sentenciosa incluso.

83. Al final, en el *coloquio postrimero en el jardín* (19), visita luego de pasados años, leemos: «... faltan la cretona, el *tea.-room*, un *golf*, secuaces del reino de lo trivial».

84. Pág. 17.

Entonces el padre Montes [85] «urdió una superchería inocente, y al asociarle a ella postulaba su capacidad para escribir poemas». Sencillamente, le leyó cuatro pliegos de barba cubiertos de versos endecásilabos, le pidió su opinión, él le contestó parecerle muy buenos, y entonces el fraile le propuso recitarlos como suyos en la velada de Santa Mónica. A su vez, el padre Blanco, «intendente de las musas», se los dejó leer por el colegial, «corriendo mientras tanto por su agudo semblante remuzgos de burla» [86]:

Agustín en profundo silencio
ocultaba su llanto y veía
de su madre la dulce agonía
de su pecho la triste aflicción [87].

«–¡Dámelos! –dijo el padre Blanco–. Les va muy bien la música del himno de Riego [88]».

Entonces, el jovencito Azaña, «picado, reveló el nombre del autor. El padre Blanco se rió más». Pero «en la velada no impresionó al vulgo, aunque le aplaudieron», pues «es menester que la fama despeje el camino a las obras», parece que también en ese fin de siglo, aunque desde luego no tan abrumadoramente como en este nuestro.

Andando los años, de visita, el que ya era don Manuel Azaña, por supuesto en ese ineludible ojo del huracán de la intersección en la vida de cada uno, acaso como en la historia, del tiempo y de los tiempos [89], ya en lo concreto «contempla el andar pasicorto de los frailes en la galería. ¿Serán de sus maestros? Sus canas le representan el tiempo corrido Los frailes se paran. El uno vibra sobre su cabeza un dardo imaginario y deja por fin caer el brazo inerme. Ade-

85. Ya dijimos que no le menciona por su nombre. Es lo que hizo en su libro con todos los que vivían.

86. Y ahí la tremenda vanidad de esos años: «Yo pensé que debiera admirarse más, teniendo por míos los versos».

87. Respetamos la falta de puntuación en la transcripción.

88. Repitiendo entonces, «escandiendo con la diestra» el cuarteto que precede.

89. 19; «Subo corriendo en busca [del padre Montes]. Quizás el encuentro me depare la emoción que este día no hallo: los seres más amables ya no platican conmigo; me desconocen. Han cobrado independencia: se retraen: son como nunca objetos. Pues yo ¿no los inventé? ¿Qué distancia se interpone de ellos a mí y nos aísla? Soñado invento. Memorias de una creación aniquilada era este hechizo que el contraste de lo real disipa». Nada de esto tiene desperdicio. Su glosa daría para toda una ponencia, del caso concreto e *in genere*.

mán ensayado en el púlpito, que le revela el nombre del autor: el padre Mariano [=Jerónimo Montes] acaba de proferir una sentencia, un vaticinio».

Mucho más tarde [90], en esa visita ya ministerial de que hemos dicho, le encontraría «igual, sólo que amenguado, canoso y terroso, pero sin haber cambiado las facciones ni sus movimientos suaves de gatito [91]. En la ocasión intermedia «le había encontrado cargado de hombros, rugoso y flaco, su semblante de viejo prematuro traduciendo un pensamiento solo, una aprensión grave: no sé qué pavor –mal refrenado– del propincuo más allá, descubriendo la sonrisa más pesadumbre y amor que desdén por la vida».

Y él, don Manuel, «cuando esperaba tristeza, ternura, fue invadido por una rara alegría, y hasta el deseo de prorrumpir en descaros de colegial. *–¿Se acuerda del gran poema a Santa Mónica que quiso usted colgarme?»*. Y se rieron.

A lo cual, nosotros creemos vale la pena, sencillamente, de levantar acta de esa complacencia inocente de ambos en aquel recuerdo concreto, y de cómo, precisamente, don Manuel no lamentó haber sido en su día coprotagonista de su realidad. Todo lo contrario. Ello envuelto en una ternura que, en el por lo menos aparentemente desdeñoso escritor Azaña, no nos esperaríamos encontrar, de no haber llegado, o al menos haberlo pretendido, a sus honduras, siquier reconocido la presencia allá de las mismas: «El padre me devuelve la confianza y deja correr su antiguo afecto: le han interesado desde lejos mis azares, el rumbo de mi espíritu. ¡Me quería tanto! ¡Había puesto en mí esperanzas tales! [92] [...] Se apiada de mi suerte: lo entreveo. Gustoso me serviría de lazarillo, si yo me con-

90. La primera visita, relatada en *El jardín*, en el único capítulo del libro de argumento posterior a su período de colegial, no está datada.

91. «Le alabo su buen aspecto. Se queja de debilidad nerviosa. Ya no enseña. *–Aquí estoy, esperando a salir de la escuela.* Con esto quiere decir, aludiendo a un cuentecillo que no acierta a referirme, que está esperando a morirse». Y, efectivamente la muerte llegó, antes de que transcurriera un año, el 22 de junio de 1932.

92. A propósito de la visión que del antiguo discípulo tenían los frailes de El Escorial, consignamos un dato que el padre Isidoro refirió al propio Azaña, cuando le vio en la guerra: «Cuando vino la República y el señor Presidente fue ministro, Ángel Herrera mandó un corresponsal para pedirnos informes de su conducta en el colegio. No sé qué esperaría... Le dije al corresponsal que, en lo político, me abstenía de opinar, y que teníamos buen recuerdo del señor Presidente como estudiante. Le supo a rejalgar. Los de *El Debate* dijeron que yo era masón». Tengamos en cuenta que, en lo relatado, una buena parte, desde luego lo más significativo y delicado, son suposiciones del interlocutor.

fesase ciego. No me lastima: el orgullo se rinde junto al fraile a quien abarco fugazmente con sus adversos en un rapto de simpatía. Quisiera estrecharlo en mis brazos, reír mucho de todo, de nosotros primeramente. –*¡Ea, padre Mariano* –vengo a decirle–. *¿Seremos siempre amigos? ¡Todo aquello para tan lejos... tan lejos...! ¿No es ya la otra vida? ¡Más vale desleírse en la compasión que nos alza a eternidad!*». Preguntado si ello implicaba «no importarle nada», el ex alumno replica que «al contrario, en cuanto el amor a la vida crece en fuerza y nobleza con la madurez del espíritu».

Al parlamento que hacer seguir sobre el estado de éste [93], le llega a decir el padre: «–*Tus palabras me afligen. La soberbia te ciega más que nunca*», al «dejar que la conciencia se le disolviera en una vaguedad panteística, lo que implicaba la abolición por cobardía de la disciplina moral cristiana, la dura disciplina del cristiano, ligada a la existencia de un Dios personal, conservando sin embargo a su pesar una forma intelectual y desechando la substancia que en el propio colegio había recibido». El antiguo discípulo le dice quedarle un sabor a ceniza y, a otra pregunta concreta suya, tener casi siempre paz, lo que el padre estima es peor, aunque aquella provenga de «no estar muerto, de aquietarse en la experiencia». El padre le dice que hay que rebasar la experiencia y que le salvaría el combate con el ángel . Y a ello leemos:

> «–Desde el nacer, me acompaña un personaje, que no debe de ser un ángel, rezongando de continuo, descontento de mí, como si yo pudiese darle mejor vida, sin acabar de decirme quién es ni qué pretende. Estoy, al cabo, aburrido de él. Matarlo sería un placer y no puedo. Lo empujo con el pie, y se revuelve como Segismundo en la torre antes de soñar su reino. Es un monstruo. Sólo se me alcanza ponerlo en ridículo.
>
> –Dios haga que escuches al monstruo y seas un día nuestro hijo pródigo».

---

93. En otro plano, habían hablado también del *status* profesional: «–Tú, ¿qué haces? –Pasear por Madrid. En mi casa, fumo y contemplo las musarañas. –Siempre fuiste perezoso.

Me disculpo de no ser diputado, ministro, embajador; de no abogar en los tribunales. Parece gran vergüenza que malgaste mi habilidad de señorito».

El padre, al comprobar seguía soltero, le dice en broma si lo prohíbe la Institución Libre de Enseñanza. El ex-alumno le contesta ser *ajeno a la casa*, y creer no propugna el celibato, pero viendo en la referencia a ella una diferencia con sus tiempos, en los que ni siquiera se la aludía. *Quizás eran ustedes menos militantes*.

Unas palabras que, a la insospechada luz del último acto, nos escalofrían un tanto.

VIII. FATO PROFUGUS...

La guerra civil [94] no sólo señala una cesura en la historia, sino que lleva consigo una luz diversa a través de la cual se refractan los hombres, las situaciones, hasta las cosas. Los puntos de vista son radicalmente distintos también, pero incluso a la óptica del historiador o del viejo que recuerda, no meramente del espectador de entonces. Y ello superpuesto a la circunstancia inexorable de que los dramas y las comedias individuales pasaron todos *ex integro* por la tragedia colectiva.

Dentro de ella, en sus días de Valencia, el presidente Azaña, el 6 de septiembre de 1937 [95], recibió al padre Isidoro, al cual le había facilitado la salida de Madrid [96], enviándole su coche y el comisario de su escolta [97]. Del diálogo entre ambos retenemos: «–Las derechas no han sabido adaptarse, no han querido consentir en ningún sacrificio–. El sacrificio de dejarse cortar un dedo, para salvar la mano. [...] Ya ve usted: se ha perdido la mano, y todo el brazo, y temo que perdamos los dos, quedándose España como un tronco manco» [98].

---

94. Indisolublemente unida a la larga situación posterior.

95. Comenzando precisamente así el relato de la jornada: «Hoy en Valencia, he recibido a Giral, que venía a despedirse para Ginebra. Hemos cambiado nuestras últimas ideas sobre el problema. Le veo profundamente adherido a la convicción que compartimos sobre el único modo de acabar la guerra».

96. A propósito de las intervenciones en favor de particulares de los hombres en el poder: P. CLAUDEL, *Journal* (ed. F. Varillon y J. Petit; La Pléiade, París 1969) II, pp. 334 y 341.

97. Llegó el solo, aunque Azaña había dicho podían acompañarle cuantos compañeros suyos cupiesen.

98. El presidente siguió diciéndole: «Usted no tiene ningún motivo para ser republicano, pero los tiene usted, y muy graves, para condenar la violencia, las rebeliones, las guerras, por las mismas doctrinas que ustedes me enseñaban en El Escorial. Pues ya ve usted: sus amigos fervorosos, los apasionados de la religión y del orden, son los causantes, no solamente de la desventura pesonal de usted y de sus compañeros, sino de las instituciones a que pertenecen. Si en julio del año pasdo no se hubieran sublevado los padres de los jóvenes que ustedes enseñaban, y casi todos los jóvenes enseñados por ustedes, los compañeros de usted seguirían en El Escorial diciendo misa y rezando en el coro, porque en cinco años de república nadie se los *(sic)* había prohibido, que yo sepa. –Así es. Mis exculpaciones ante los tribunales, que me han valido la absolución, las he sacado de nuestras doctrinas y

Los dos se informaron mutuamente y comentaron las repercusiones de la atroz persecución religiosa en la comunidad escurialense: confiscación del «estudio» que habían instalado en la calle de la Princesa [99], luego de clausurada la «Universidad» [100]; «horrores» en la residencia de la calle de Valverde; traslado de los religiosos a San Antón [101], con el asesinato de la mayoría [102], juicios y absolución del padre Isidoro y otro [103]; trabajo de los jóvenes cortando leña en el campo para venderla en Madrid y así ganarse su jornal; vida a la ventura de otros, como él mismo, socorrido por algunos amigos en una pensión de la calle de Montserrat...

A petición suya, el presidente le facilitó un pasaporte para pasar a Francia [104], le pagó el hospedaje y le dio algún dinero [105]. Y pasa a otra página de esta manera: «Todavía hablamos un ratito. Cuando le despido, ya en pie, le digo unas palabras que le conmueven. Se va llorando. Pocos minutos después, al tomar el coche en el zaguán, veo al padre Isidoro pasar entre las dos filas de soldados, trasponer

---

de las enseñanzas de León XIII sobre la propiedad». El comentario de estas opiniones e interpretaciones de la historia no es de nuestra incumbencia aquí.

99. En una casa de Ruiz Jiménez.

100. «... e hice entrega del local a don Rubén Landa, que se portó muy bien con nosotros».

101. El cinco de agosto se presentó una patrulla: –*Todos al camión*. Creímos que nos darían el paseo».

102. Entre ellos del prior, el padre Monedero, que «era de Roa, un poco integrista», y conocía muy bien a Azaña aunque no Azaña a él: «Cuando el incidente del padre Gerardo, yo le dije al padre Monedero que debía escribirle a vuestra excelencia una carta, explicándole lo ocurrido. No accedió».

103. El padre Revilla, del que se dan detalles que había publicado la prensa.

104. Le dijo que en Bayona tenía amigos. Azaña consigna sospechó había allí algún «estudio» o residencia disimulado. No se opuso a que luego se fuese a la zona «rebelde». El padre Isidoro dijo que allí no se sentiría seguro (le explicó: «es notable que yo he pasado por tibio o por sospechoso, a ojos de algunas personas de las derechas, sin duda porque no he sido intransigente», y cuenta el enfado de Luca de Tena, a quien había recriminado la orientación desorbitada que estaba dando a su periódico, estando seguro no habría sido, por los motivos que fuesen, la de su padre, enfadado por haberle rogado no les visitara en la calle de la Princesa, para no comprometerlos); «está muy nervioso. La primera noche que durmió en Valencia, hubo una tronada muy ruidosa, y el fraile, creyendo que era un bombardeo, se asustó mucho. Después, se rió de su miedo, según dice. Padece del hígado y aquí no puede seguir el régimen...».

105. «–No tendrá usted dinero. –Después de comprarme las botas [véase la nota 71], me quedan ciento veinticinco pesetas. –Ya le habrán dicho que su hospedaje está pagado. Usted no se molestará si le ofrezco algo para que se compre lo más preciso. –No, señor, no me molesta. Al contrario».

el umbral, y, estevado, cabizbajo, indiferente, con su andar pasicorto de fraile, perderse en la plaza, llena de sol» [106].

Habían pasado muchos años en su vida, y el contexto del país era muy otro, desde un cierto domingo de abril en el colegio, cuando estaba, con dos condíscipulos, en el patio, adonde habían ido desde la capilla, «viendo los chorros gruesos de la fuente subir y descogerse en moños de plata». Se les acercó el padre Valdés [107], «que se paseaba leyendo en su breviario». Y:

> «El espíritu pudiera competir en fresca tersura y novedad con el día; el cuerpo estaba en la feliz desazón que engendra un apetito violento, a pique de saciarse: era inminente la llamada para el desayuno.
>
> –¿Habéis confesado y comulgado?– nos preguntó.
>
> Contestamos que sí y estuvo un rato mirándonos. Clavándome los ojos me dio un golpecito en la mejilla y exclamó:
>
> –¿Entonces estás en gracia...?
>
> Se le saltaron las lágrimas y se alejó sin añadir palabra, volviendo despacio a sus rezos» [108].

El escritor no puede evitar la ternura al consignar la memoria, ya vieja, pero de las que quedan y son para siempre frescas [109]. También de las que implican, pese a su inmersión en el pasado, una realidad presente y futura. De seguro, que le hizo bien al cosignarla, el levantar acta literaria de ella. ¿Acaso no se la contaría en alguna de sus conversaciones, las de la persecución y el exilio, a monseñor Théas, el obispo de Montauban, el lugar de su retiro y hundimiento en la eternidad?

---

106. Después añade unas consideraciones sobre el papel de la Iglesia en la guerra civil..

107. Francisco-Javier Valdés y Noriega (1851-1913); era el rector, habiendo estado ya en Filipinas. Poco después de dejar Azaña el colegio fue preconizado obispo de Puerto Rico, asistiendo él a su consagración en El Escorial. De 1900 a 1904 fue obispo de Jaca, y desde entonces hasta su muerte de Salamanca.

108. Añade el ex-colegial: «Tras de esa efusión no me adherí más que antes a la persona del fraile, pero me aficioné a su templanza que me aliviaba del peso de lo irremediable y del espanto. [...] Aún zumbaba la resaca de mi conversión precoz».

109. Aludió a ella el padre Isidoro, en la visita del 1 de agosto de 1931: «Cuando leí en *El jardín de los frailes* la escena con el padre Valdés, después de comulgar, me conmoví». A mí me recuerda literalmente a nuestro director claretiano de Aranda, el padre Morrás; veáse nuestro artículo *Esta otra vida de Mariano*, en «El Norte de Castilla», 2-10-1996.

Una ternura que no podía evitar Manuel Azaña, y que se nos comunica a cuantos hemos vivido el ambiente, respirado la atmósfera de aquellos colegios de religiosos, las estancias de la dedicación, la vocación, la paternidad espiritual, la entrega sin más.

Félix BERNARDINO: Una sesión del Simposium.